

LIBRO TERCERO.

Ulma y Génova.

Preparativos de guerra.—Fuerzas de la constitucion en 1800.—Ejército del baron de Melas en Liguria, y del mariscal de Kray en Suabia.—Plan de campaña de los austriacos.—Importancia de la Suiza en esta guerra.—Plan del general Bonaparte.—Forma la resolucion de aprovecharse de la Suiza, para caer sobre el flanco de Mr. de Kray, y sobre la retaguardia de Mr. de Melas.—Papel que destina á Moreau y el que se destina á si mismo.—Creacion del ejército de reserva.—Instrucciones á Massena.—Principio de las hostilidades.—El baron de Melas ataca al ejército de Liguria sobre el Apenino, y lo divide en dos mitades, una de las cuales es rechazada hácia el Var y la otra hácia Génova.—Massena, encerrado en Génova, se prepara á hacer una resistencia obstinada.—Descripcion de Génova.—Combates heroicos de Massena, instancias del primer consul hechas á Moreau para empeñarle á principiar las operaciones en Alemania, á fin de poder socorrer á Massena lo mas pronto posible.—Paso del Rin por cuatro pntos.—Moreau logra reunir de tres á cuatro cuerpos de ejército, y ataca en Engen y Stocach, á los austriacos.—Batallas de Engen y de Messkirch.—Retirada de los austriacos sobre el Danubio.—Encuentro de Sain-Cir en Biberach.—Mr. de Kray se establece en el campo atrincherado de Ulma.—Moreau manobra para desalojarle de él.—Movimientos desafortunados de Moreau, que afortunadamente no producen ningun resultado desagradable.—Moreau encierra definitivamente á Mr. de Kray en Ulma, y toma una fuerte posicion delante de Ausburgo, á fin de esperar el resultado de los acontecimientos de Italia.—Resúmen de las operaciones de Moreau.—Carácter de este general.

Despues de haber dirigido á la Europa vivas instancias para obtener la paz, instancias que no

habrian sido honrosas á no hacerlas un general cubierto de gloria, no quedaba al primer consul otro partido que el de la guerra; preparada por lo demas, con grande actividad durante todo el invierno de 1799 á 1800 (año VIII) esta guerra fué á la vez la mas legítima y una de las mas gloriosas de aquellos tiempos heroicos.

El Austria aunque observando en las formas mayor templanza que la Inglaterra, habia no obstante venido á parar en las mismas conclusiones que ella, y rehusado la paz. La vana esperanza de conservar en Italia la situacion ventajosa que debia á las victorias de Suwarou, los subsidios ingleses, la opinion errónea de que la Francia, escasa de hombres y de dinero, no podia sostener otra campaña; pero sobre todo la obstinacion fatal de Mr. Thugul que representaba al partido de la guerra en Viena con tanto teson como Mr. Pitt en Lóndres, y que mostraba en este asunto mucha mas pasion personal que verdadero patriotismo, todas estas causas reunidas habian arrastrado al gabinete austriaco, á cometer una de las faltas mas graves en política como es el no aprovecharse de una buena situacion para negociar. Menester era una ceguedad grandísima para creer que los triunfos debidos á la incapacidad del Directorio, se obtendrian igualmente de un gobierno nuevo, ya completamente reorganizado, activo hasta un grado prodigioso y dirigido por el primer capitán del siglo.

El archiduque Carlos, que á sus verdaderos talentos militares reunia mucha moderacion y modestia, habia señalado de antemano todos los peligros inherentes á la continuacion de la guerra

y la dificultad de hacer frente al célebre adversario que iba á entrar de nuevo en la lid. La única respuesta que se le dió fué despojarle del mando de los ejércitos austriacos, privándose así del único general que podia dirigirlos con alguna probabilidad de buen éxito, y para disimular en cierto modo, la desgracia en que acababa de incurrir se le confirió el título de gobernador de Bohemia; pero el ejército imperial lamentaba amargamente la ausencia de este principe, á pesar de habersele dado por sucesor al barón de Kray, que tanto se habia distinguido en la última campaña de Italia. Mr. de Kray era un oficial valiente, entendido, experimentado y no se mostró indigno del mando que acababan de confiarle.

Para llenar el hueco que los rusos habian dejado en las filas de la coalicion, el Austria, secundada por los subsidios de la Inglaterra, obtuvo de los estados, del Imperio un suplemento de fuerzas bastantes considerables. Por un tratado particular, firmado en 16 de marzo por Mr. Wickham ministro británico cerca del elector de Baviera, se obligó este principe á proporcionar además de su contingente legal como individuo del Imperio, un cuerpo supletorio de doce mil bávaros; y por otro tratado del mismo género, firmado el 20 de abril por el duque de Wurtemberg, quedó reforzado el ejército con seis mil wurtemburgueses: finalmente el 30 de abril el mismo negociador obtuvo del elector de Maguncia un cuerpo de cuatro á seis mil hombres, con las mismas condiciones pecuniarias. Además de los gastos de alistamiento, equipo y manutencion de sus tropas, la Inglaterra garantizaba á los

principes alemanes coaligados, que no se entablaría sin su participacion tratado alguno con la Francia, obligándose además á hacer que se les restituyesen sus estados, cualquiera que fuese la suerte de la guerra, sin mas retribucion por parte de ellos que la de no escuchar proposicion alguna de paz que se les hiciese por separado.

En cuanto á la calidad de estas tropas alemanas, las de Baviera eran las mejores, siguiendo despues las de Wurtemberg, pues las tropas de Maguncia eran milicias indisciplinadas y sin valor. Aparte de estos contingentes regimentados, se habia escitado á los campesinos de la Selva Negra, á tomar las armas, atemorizándolos con los estragos causados por los franceses, que en aquella época devastaban mucho menos que los imperiales los campos cultivados de la desventurada Alemania.

El ejército imperial de Suabia, comprendiendo en él á todos aquellos auxiliares, ascendia sobre poco mas ó menos, á ciento cincuenta mil hombres, de los cuales treinta mil guarnecian las plazas, y ciento veinte mil, formaban el ejército activo. Hallábase provisto de una artilleria numerosa, buena aunque inferior á la francesa, y sobre todo de una soberbia caballería, como la que ha habido siempre en los ejércitos austriacos. El emperador de Austria contaba además con ciento veinte mil hombres en Lombardía, bajo el mando del baron de Melas. Las escuadras inglesas, reunidas en número considerable en el Mediterráneo, y cruzando sin cesar el golfo de Génova, apoyaban todas las operaciones de los austriacos en Italia, debiendo llevarles un cuerpo auxiliar de

ingleses y de emigrados, reunido entonces en Mahon, y que, segun se decia, constaba de veinte mil hombres. Hábiase acordado que este cuerpo desembarcaria en Tolon, si el ejército imperial encargado de operar sobre el Apenino, lograba pasar la línea del Var.

Habiase esperado incorporar algunas tropas rusas á otras inglesas, y situarlas sobre las costas de Francia, para promover levantamientos en Bélgica como en Bretaña y en la Vendée, pero la inaccion demasiado voluntaria de los rusos y pacificacion de la Vendée, habian frustrado esta operacion con la que no poco contaban los aliados.

Resulta, pues, que el ejército que debia proseguir la guerra contra la Francia, constaba poco mas ó menos de trescientos mil hombres, ciento cincuenta mil en Suabia, ciento veinte mil en Italia, y veinte mil en Mahon, secundados por toda la marina inglesa. Esta fuerza, preciso es decirlo, hubiera sido muy insuficiente contra la Francia reorganizada y en posesion de todos sus medios; pero contra la Francia apenas salida del caos donde la habia lanzado la debilidad del Directorio, era una fuerza considerable, y con la cual se habria podido obtener grandes resultados, si se hubiera sabido emplearla. Menester es añadir que era una fuerza real y efectiva, espuesta á sufrir pocos descalabros, porque los trescientos mil hombres de que se componia, estaban estenuados de cansancio y se habian trasladado á la misma frontera que debían atacar: circunstancia importantísima, porque todo ejército que por primera vez sale á campaña, resiste difícilmente las primeras fatigas de la guerra, y si tiene que hacer

mas de una jornada para ir á pelear, se disminuye en proporcion de las distancias que debe recorrer.

Vamos á dar á conocer la distribucion de las tropas coaligadas, y el plan de sus operaciones.

Mr. de Kray, á la cabeza de los ciento cincuenta mil hombres que mandaba ocupaba la Suabia, colocado en medio del ángulo que el Rhin forma en este pais, cuando despues de haber corrido de este á oeste, desde Constanza hasta Basilea, vuélvese repentinamente para correr al norte desde esta ciudad á Strasburgo. En esta situacion teniendo Mr. de Kray á su flanco izquierdo la Suiza y á su derecha la Alsacia, observaba todas las embocaduras del Rhin por donde los ejércitos franceses podian penetrar en Alemania, sin que fuese su intencion atravesar este rio para invadir el suelo de la República, pues su papel debia ser menos activo al principio de la campaña, quedando reservada la iniciativa de las operaciones, al ejército de Italia, cuya fuerza ascendia á ciento veinte mil hombres, y que estimulado por los triunfos que habia obtenido en 1799, habia llegado hasta el pie del Apenino. Este mismo ejército debia bloquear á Génova, ocuparla si era posible, atravesar en seguida el Apenino y el Var, y presentarse delante de Tolon donde los ingleses y emigrados del mediodia dirigidos por el general Willot, uno de los proscriptos de fructidor, debian reunirse con los austriacos. Mucho lisongeaba á los ingleses otra invasion en esa provincia de Francia, donde teniamos nuestro primer establecimiento marítimo, y á ellos debe atribuirse en gran parte aquel proyecto despues tan criticado.

Suponíase generalmente que cuando el ejército austriaco de Italia, el cual gracias al clima de la Liguria, podía principiar la campaña antes que el de Suabia, hubiese penetrado en Provenza, el primer consul desguarnecería el Rhin para cubrir el Var, y que el mariscal de Kray tendría entonces la mas favorable coyuntura para entrar en accion. Hallándose así la Suiza desbordada y como entre dos ejércitos victoriosos, debia caer naturalmente, sin que hubiese necesidad de renovar contra ella los esfuerzos importantes de la campaña anterior. Las proezas de Lecourbe y de Massena en los Alpes habian hecho cobrar á los austriacos mucho disgusto á toda operacion en grande, especialmente dirigida contra la Suiza, pues se queria limitarse á la simple observacion respecto de esta provincia, debiendo encargarse de este cuidado en Suabia el ala izquierda del mariscal de Kray, y hacerlo mismo en Lombardia la caballería del baron de Melas que era inútil en el Apenino. El plan de los austriacos consistia pues, en contemporizar en Suabia, operar cuanto antes en Italia y avanzar por este lado hasta el Var, y despues, cuando los franceses atraidos hácia este punto desguarnecieran el Rhin, atravesar el río, avanzar entonces en dos masas, la una al este por Basilea y la otra al mediodia por Niza, y allanar de este modo, sin necesidad de ataque, la formidable barrera de la Suiza.

Los hombres que pueden ser jueces en materia de operaciones militares, han criticado mucho á la Austria por haber descuidado la Suiza dejando así al general Bonaparte una puerta abierta por donde pudiera penetrar y arrojar sobre el

flanco del mariscal Kray y sobre la retaguardia del baron de Melas. Nosotros creemos como podrá juzgarse pronto por la esposicion de los hechos, que ningun plan, por mas probabilidades de seguridad que ofreciese, era posible en presencia de un general Bonaparte, y con el inconveniente irreparable de hallarse la Suiza en poder de los franceses.

Para apreciar debidamente esta memorable campaña, y juzgar con algun acierto los movimientos de las partes beligerantes, preciso es figurarse exactamente la posicion de la Suiza, y la influencia que necesariamente debia ejercer sobre las operaciones militares, sobre todo en el punto y sazón á que estas habian llegado.

Los Alpes comienzan á levantarse en medio del continente europeo hácia las fronteras orientales de la Francia. Prolóngase luego hácia el este, separando la Alemania de la Italia, dejando á un lado el Danubio y sus afluentes, y al otro el Pó y demas riachuelos, tributarios de este gran río. La parte de los Alpes mas inmediata á la Francia es la que forma la Suiza, y la prolongacion de estos montes constituye el Tirol, que hace siglos pertenece á la Austria.

Cuando los ejércitos austriacos se dirigen hácia la Francia se ven obligados á subir el valle del Danubio por un lado, y el del Pó por el otro, separados en dos masas que se adelantan por la larga cadena de los Alpes. Cuando están en Baviera y en Lombardia, estas dos masas pueden comunicarse al través de los Alpes por el Tirol, que pertenece al emperador; pero cuando llegan á Suabia sobre el alto Danubio, y al Piamonte por

el Pó superior; hállanse separadas una de otra, sin comunicacion posible al través de los Alpes, porque la Suiza, independiente y neutral, les está ordinariamente vedada.

Esta neutralidad de la Suiza es un obstáculo que la política de Europa ha colocado sabiamente entre Francia y Austria para disminuir los puntos de ataque entre estas dos tan formidables potencias. Si en efecto la Suiza está abierta al Austria, esta puede avanzar sus ejércitos, teniendo libre comunicacion desde el valle del Danubio hasta el Pó, y amenazando las fronteras de la Francia desde Basilea hasta Niza: peligro gravísimo para la Francia, porque se ve obligada á estar siempre alerta por todas partes, desde las bocas del Rin hasta las del Ródano; cuando por el contrario, si los Alpes suizos están cerrados puede concentrar todas sus fuerzas por el Rin, despreciando el ataque que pueda recibir por el mediodía, pues jamás los imperiales han podido dar feliz cima á una operacion sobre el Var, á causa del demasiado rodeo que es necesario dar. Grande es pues para la Francia la ventaja de la neutralidad Suiza. No lo es sin embargo menos, y acaso pueda serlo mas para el Austria.

En efecto, si la Suiza llega á ser el teatro de las hostilidades, el ejército francés es el que puede invadirla primero, y como su infanteria es inteligente, ligera, aguerrida, y tan apropósito para la guerra de montañas como para la de llanuras, cuenta con muchas probabilidades de mantenerse en ella, y de esto es una prueba la misma campaña de 1799. Efectivamente, si los Alpes son atacados por la gran cordillera del lado de la

Italia, el ejército francés puede oponer la resistencia que Lecourbe opuso á Suwarou en las gargantas de San Gotardo; si son atacados por el lado de la Alemania, por la parte baja puede oponer detrás de los lagos y los rios la resistencia que Massena opuso detrás del lago Zurich, la cual acabó por la memorable batalla de este nombre. Vése pues, que cuando el ejército francés se hace dueño de la Suiza, ocupa una situacion de las mas amenazadoras, y de la que puede muy bien aprovecharse para conseguir resultados extraordinarios como veremos muy pronto en la relacion de las operaciones del general Bonaparte.

En efecto, los dos ejércitos austriacos, que se hallan el uno en Suabia y el otro en Piamonte, separados por toda la estension de la Suiza, carecen de todo medio de comunicacion entre sí, y los franceses desembocando por un lado por el lago de Constanza, y por los grandes Alpes por el otro, pueden arrojarse ó sobre los flancos del ejército de Suabia, ó sobre la retaguardia del de Italia; peligro imposible de evitar cualquiera que sea el plan que se adopte, á menos de volver cincuenta leguas atrás y retroceder hasta Baviera por un lado, de Lombardía por otro.

Habria sido pues necesario que los austriacos hiciesen una de estas tres cosas: ó que perdiendo las ventajas de la última campaña, nos abandonasen á la vez la Suabia y el Piamonte; ó que negándose á este sacrificio, procuraran apoderarse de la Suiza por medio de un ataque principal, lo cual no podian conseguir, porque era atacar de frente á un obstáculo casi invencible, contra el que ya se habian estrellado otras tenta-

tivas; ó finalmente, que se dividieran como se dividieron en dos grandes ejércitos, separados por la Suiza, que así se hallaba colocada sobre sus flancos y su retaguardia. Cierto que hubieran podido, abrazando este último partido, disminuir considerablemente uno de los dos ejércitos para engruesar el otro, no dejando por ejemplo al baron de Melas sino muy pocos medios, los suficientes para contener á Massena, y aumentar hasta doscientos mil hombres el ejército de Suabia; ó hacer lo contrario, reuniendo sus principales fuerzas en el Piamonte; pero en el un caso era entregar la Italia, la Italia objeto único y premio ardientemente codiciado de la guerra, y en el otro el abandonar sin combate el Rhin, la Selva Negra y las fuentes del Danubio, y acortar á los franceses el camino de Viena; y en ambos casos era finalmente darnos la ventaja á nosotros, porque aumentar uno de los dos ejércitos hasta doscientos mil hombres, equivalía á dar la victoria á aquella de las dos potencias que contaba el general Bonaparte en su favor. El era en efecto el único general que podia entonces mandar doscientos mil hombres á la vez.

No habia pues plan alguno enteramente seguro para el Austria, siendo como eran los franceses dueños de la Suiza, lo cual, para decirlo de paso, prueba que la neutralidad Suiza es provechosa al interés de ambas potencias; pues en efecto aumenta sus medios de defensa disminuyendo los ofensivos, ó lo que es lo mismo, da á su seguridad todo lo que quita á su poder agresivo. Nada mejor podria hacerse en beneficio de la paz general.

Los austriacos pues no tenian muchos partidos entre que elegir; y á pesar de cuanto se haya dicho, tomaron acaso el único posible decidiéndose á contemporizar en Suabia, á operar vivamente en Italia, quedando separados por el obstáculo de la Suiza que les era imposible hacer desaparecer. Pero en esta posicion habia mas de una manera de conducirse, y es preciso reconocer que no adoptaron la mejor, que no supieron siquiera preveer ninguno de los peligros que les amenazaban. Obstinándose en creer que los ejércitos franceses carecian de todo recurso; no suponiendo al de Alemania capaz de tomar la ofensiva y pasar el Rhin, teniendo al frente ciento cincuenta mil austriacos apostados en la Selva Negra; suponiendo mucho menos que pudiera atravesar los Alpes, sin camino y en la estacion de las nieves; no viendo por otra parte al tercer ejército que pudiera intentar atravesarlos, se entregaron á una confianza que llegó á ser muy fatal para ellos. Fuerza es reconocer sin embargo, si hemos de ser justos, que muchas personas se hubieran engañado como ellos, porque su seguridad reposaba sobre obstáculos aparentemente invencibles; pero pronto los enseñó la esperiencia que enfrente de un adversario como el general Bonaparte, era ilusoria, y aun podia ser mortal cualquiera seguridad, aunque se fundase en barreras insuperables, como lo son los rios ó montañas de hielo.

La Francia tenia dos ejércitos: el de Alemania, que con la reunion de los ejércitos del Rhin y Helvecia ascendia á ciento treinta mil hombres, y el de Liguria reducido á cuarenta mil á lo sumo.

Cierto es que existían en las tropas de Holanda, de la Vendée y de lo interior los elementos para un tercer ejército; pero hallábanse esparcidos y distantes unos de otros, y solo una esquisita habilidad administrativa podía reunirlos á tiempo, y sobre todo de improviso, en el punto en que era necesaria su presencia. El general Bonaparte imaginó emplear estos diversos medios de la manera que sigue:

Massena, con el ejército de Liguria, no aumentado sino socorrido solamente con víveres y municiones, tenía orden de mantenerse en el Apenino entre Génova y Niza, y mantenerse allí como en unas Termópilas. El ejército de Alemania bajo las órdenes de Moreau, acrecentado todo lo posible, debía hacer demostraciones falsas de querer pasar el Rhin, marchar por todos los puntos comprendidos desde Strasburgo á Basilea, y de Basilea á Constanza; en seguida marchar rápidamente por detrás de la barrera que forma este río, subirlo por la orilla hasta Schaffousse echar allí cuatro puentes á la vez; caer en masa sobre el flanco del mariscal Kray, sorprenderlo, empujarlo en desorden sobre el alto Danubio, adelantarsele si era posible, cortarle el camino de Viena, envolverlo tal vez y hacerle sufrir uno de esos desastres memorables de que ha habido mas de un ejemplo en este siglo.

Si el ejército de Moreau no tenía esta felicidad, podía sin embargo arrojar al mariscal Kray sobre Ulma y Ratisbona, obligarlo de este modo á bajar el Danubio y alejarlo de los Alpes, de suerte que no pudiese enviar jamás allí ningun socorro. Hecho esto tenía orden de destacar su ala

derecha hácia la Suiza para secundar la peligrosa operacion cuya ejecucion se reservaba el general Bonaparte. El tercer ejército llamado de reserva, cuyos elementos apenas existían, debía formarse en Génova y Dijon, y esperar allí el resultado de los primeros acontecimientos, dispuesto á socorrer á Moreau en caso de necesidad. Pero si Moreau realizaba por lo menos una parte de su plan, este ejército de reserva, trasladándole bajo las órdenes del general Bonaparte á Ginebra, y desde Ginebra al Valés, dando la mano al destacamento sacado del ejército de Alemania, y pasando en seguida el monte de San Bernardo por encima de los hielos y las nieves, debía por medio de un prodigio mayor que el de Annibal, caer sobre el Piamonte, sorprender por la retaguardia al baron de Melas, ocupado á la sazón en sitiar á Génova, envolverlo, darle una batalla decisiva, y si la ganaba obligarlo á rendir las armas.

De seguro si la ejecucion correspondía á semejante plan, podía decirse que jamás concepcion mas bella honró el genio de ningun guerrero antiguo ó moderno; pero la ejecucion solo es la que da valor á las grandes combinaciones militares, porque privadas de este mérito no son mas que vanas quimeras.

La ejecucion aquí consistía en vencer infinidad de dificultades, en la reorganizacion de los ejércitos del Rhin y de Liguria, en la creacion del ejército de reserva, en guardar el mas inviolable secreto sobre la creacion y destino de este; en fin, en el doble paso del Rhin y de los Alpes, atrevida empresa que sobrepujaba á cuanto de mas extraordinario pudo intentar el arte de la guerra.

El primer cuidado del general Bonaparte habia sido reclutar el ejército, reducido á doscientos cincuenta mil hombres por las deserciones en el interior, las enfermedades y el fuego, cosa que apenas se creeria, en momentos en que se hacia frente á una coaliccion general, si documentos auténticos no la comprobasen. Afortunadamente estos doscientos cincuenta mil hombres eran todos aguerridos y capaces de luchar contra un enemigo superior en número. El primer consul habia pedido cien mil conscriptos al Cuerpo legislativo, el cual guiado de un sentimiento patriótico que le hace mucho honor, se los concedió sin oponer el menor reparo ni la mas leve dilacion. La guerra era tan legitima y tan evidentemente necesaria, rechazadas las proposiciones de paz, que la mas ligera vacilacion hubiera sido criminal; pero por fortuna no hubo que temerla por parte del Cuerpo legislativo, ni del Tribunado, cuya actividad rayó en entusiasmo. Estos cien mil jóvenes conscriptos interpolados con doscientos cincuenta mil veteranos debian formar un ejército escelente. Los prefectos nuevamente instituidos, hechos ya cargo de sus destinos, desplegaban en el reclutamiento una actividad que jamás se habia conocido en esta clase de operaciones; pero estos conscriptos no podian presentarse en sus respectivos cuerpos, instruidos y aptos para servir antes de cinco ó seis meses. El partido que tomó el primer consul fué detener en lo interior los cuerpos que mas habian sufrido en la guerra, y emplearlos como cuadros, en los que colocaria á los nuevos soldados. Encaminó por el contrario hácia la frontera á los cuerpos capaces de entrar en campaña, teniendo sumo cuidado de

trasladar de las filas de los que podian permanecer en lo interior á las de los que iban á pelear á todos los soldados que se hallaban en estado de servicio; y aun obrando de este modo apenas podia hallar doscientos mil hombres capaces de entrar inmediatamente en campaña: pero esto era bastante bajo su mano poderosa y hábil.

Al mismo tiempo apeló á los sentimientos patrióticos de la Francia, y dirigiéndose á los soldados de las primeras quintas, á quienes el desaliento general, forzosa consecuencia de nuestros descalabros, habia vuelto á sus hogares, hizo ingresar otra vez en las filas á los que se habian marchado sin licencia, escitó el celo de los que la habian obtenido, y procuró estimular la aficcion á la milicia entre todos los jóvenes, cuya imaginacion se inflamaba fácilmente al nombre solo del general Bonaparte. Aunque el entusiasmo de los primeros dias de la revolucion se habia resfriado bastante, la vista del enemigo en nuestras fronteras reanimaba el valor, y no era por cierto despreciable recurso el que podia sacarse todavia de la abnegacion de los voluntarios.

A estas providencias que el primer consul dió sobre el reclutamiento, añadió algunas reformas útiles á la administracion y organizacion del ejército. Creó desde luego los inspectores de revistas cuyo cargo consistia en comprobar el número de los soldados presentes en las filas, é impedir que el tesoro pagase los que solo constaban en la lista. Hizo en la artillería un cambio de la mayor importancia. Los trenes de esta arma eran arrastrados entonces por carreteros que pertenecian á compañías de transportes, á quienes no conte-

niendo como á los demas soldados el sentimiento del honor, cortaban al primer peligro los atalagas de sus caballos, y huían, dejando sus cañones en manos del enemigo. Pensando el primer consul que el conductor encargado de conducir la pieza al lugar del combate, presta un servicio tan importante como el mismo artillero que la usa, que corre el mismo peligro y necesita del mismo mévil moral, esto es el honor; convirtió á los carreteros en verdaderos soldados uniformados, y formando parte de los regimientos de esta arma; pudiendo contar ya con diez ó doce mil hombres montados que debían emplear tanto celo en conducir sus piezas delante del enemigo, ó retirarlas al punto en los casos de necesidad, como el que empleaban los mismos artilleros en cargarlas, apuntar y disparar. Esta reforma no estaba mas que principiada, y no podía dar sino hasta mas tarde todas sus útiles consecuencias.

La artillería y caballería necesitaban de caballos. El primer consul, no teniendo tiempo ni medios para comprarlos, dispuso una requisita extraordinaria de caballos, dura pero inevitable necesidad de la guerra. Los ejércitos debían proveerse primero de los caballos que había á su alrededor, y despues de los que pudieran encontrarse en las provincias circunvecinas.

El primer consul había enviado á Massena los fondos de que se podía disponer para acudir al socorro del desgraciado ejército de Liguria. De sesenta mil hombres de que se componía por la reunion del ejército de Lombardia y el de Nápoles, despues de la sangrienta batalla de la Trebbia había quedado reducido por la miseria á cuaren-

ta mil hombres á lo sumo, no presentando sino poco mas de treinta mil combatientes. La escasez de los granos era estremada, pues no podían recibirse ni del Piamonte, que ocupaban los austriacos, ni transportarse por mar, guardado por los ingleses. Estos infelices soldados no contaban para alimentarse, sino con las cosechas del Apenino, que como todo el mundo sabe eran casi nulas. No querían entrar en los hospitales, donde faltaban hasta los primeros alimentos, y se les veía en el camino de Niza á Génova, devorados por el hambre y la fiebre, presentando el mas doloroso de los espectáculos, el de soldados aguerridos á quienes la patria que ellos defienden deja morir de miseria.

Provisto Massena de los fondos que el gobierno la había enviado, hizo algunas contratas en Marsella, adquirió todos los granos que contenía esta ciudad, y los remitió á Génova. Desgraciadamente durante este invierno, los vientos tan rigorosos como el enemigo, estorbaban no poco la navegacion de Marsella á Génova, y reemplazaban en cierto modo el bloqueo que los ingleses no podían continuar á causa de la mala estacion. Sin embargo, como la casualidad hiciese que llegasen algunos cargamentos, volvióse á dar racion de pan á las tropas de la Liguria. Hábiaseles enviado además armas, zapatos, vestuarios, y sobre todo esperanzas. En cuanto á la energia militar, nada había que hacer para inspirársela: porque jamás la Francia había visto soldados que sufriesen con mayor resignacion y firmeza las fatigas y los reverses de la guerra. Aquellos vencedores de Castiglioni, Arcola y Rívoli habían soportado sin des-

mayar las derrotas de Cassano, de Novi y de la Trebbia, el temple de alma que habian adquirido no habia podido alterarse bajo los reveses de la fortuna. Por lo demas, la presencia del general Bonaparte á la cabeza del gobierno y del general Massena á la del ejército, les hubieran infundido el valor suficiente, si hubiese sido necesario. Lo único que hacia falta era alimentarlos, vestirlos y armarlos, y entonces se obtendrian de ellos los mayores servicios; y para lograr este objeto se hizo cuanto podia hacerse. Massena logró restablecer la disciplina algo relajada entre ellos por medio de algunos actos de severidad, y reunió sobre treinta mil hombres, impacientes de volver á pisar bajo sus órdenes el camino de la fértil Italia.

El primer consul le prescribió una conducta hábilmente concebida. Tres eran los pasos que conducian al través del Apenino, desde la vertiente continental á la marítima; el primero de ellos era el de la Bochetta que desembocaba en Génova; el de Cadivona, en Savona; y el de Tenda, en Niza. El primer consul encargó á Massena que dejase solamente cortos destacamentos en la garganta de Tenda y en la de Cadivona; destacamentos que bastasen para estar en observacion, y que se concentrase con veinte y cinco ó treinta mil hombres sobre Génova, cuya ciudad estando ocupada por fuerzas suficientes, era muy poco probable y sobre todo muy poco temible una invasion en el mediodia de la Francia; porque los austriacos no habian de ser tan temerarios que avanzasen mas allá del Var hácia Tolon y las bocas del Ródano, dejando á Massena á su retaguardia.

Ademas podia muy bien este general caer con sus treinta mil hombres reunidos sobre los cuerpos que atravesasen los desfiladeros del Apenino. Era difícil atendida la naturaleza del terreno que solo ofrecia un paso estrecho y escarpado, que encontrase mas de treinta mil hombres á la vez. Tenia pues, la probabilidad de hacer frente por donde quiera al enemigo, y si bien es verdad que tan excelente plan no era por desgracia realizable sino por parte de un general que hubiese tenido la prodigiosa habilidad del vencedor de Montenotte, el primer consul estaba sin embargo seguro de tener en Massena un vencedor obstinado de las alturas del Apenino, y preparar combinaciones que detuviesen al baron de Melas en Liguria todo el tiempo que exigiese el bien combinado plan de campaña.

Necesario es sin embargo confesar que se trató al ejército de Liguria como destinado al sacrificio, pues no se le envió ni un solo hombre mas, ni se le dió otro material que el puramente necesario. A otra parte, pues, se dirigian los principales esfuerzos del gobierno, porque en otra parte era donde pensaba dar sus principales golpes. El ejército de Liguria estaba espuesto á perecer para dar á otros tiempo de salir victoriosos: terrible fatalidad de la guerra que pasa de unos á otros obligando á estos á morir para que aquellos vivan y triunfen.

El ejército tratado con mas particular esmero fué el que estaba destinado á operar en Suabia, bajo las órdenes de Moreau, pues no solamente le enviaron cuantos hombres y materiales se pudieron reunir, sino que se hicieron los mayores esfuerzos para dotarle de una artillería completa y